

LOS LUCERO ILUMINADO

FABIÁN SEVILLA

Los Lucero Iluminado vivían dentro de un foco. Les resultaba bastante amplio y confortable el foco. Había suficiente espacio para el padre, la madre, los veintiséis hijos y la abuela. También cabía el pajarito del reloj cucú, que venía a ser algo así como una mascota que daba la hora.

Eso sí, el foco no tenía garaje ni patio.

Nadie necesita un garaje o un patio para ser feliz, por lo cual, con las comodidades que les brindaba el foco, los Lucero Iluminado eran felices.

Pero siempre llega ese día. Ese día en que la desgracia le hace una zancadilla a la felicidad.

De la nada, solo porque sí, sin previo aviso...

¡El foco se quemó!

—¿Adónde iremos a vivir ahora? —sonó desesperada la madre mientras pasaba el trapo para limpiar el vidrio que emparedaba su abombillado hogar.

El señor Lucero llamó a reunión familiar.

–Debemos mudarnos –les indicó a la madre, los veintiséis hijos, la abuela y el pajarito del reloj cucú–. Tiren ideas.

El pajarito se tiró un «cu-cú» que anunciaba las «y cuarto» de aquella desesperada hora para los Lucero Iluminado.

Ninguno lo escuchó.

Estaban muy ocupados los dedos en sus bocas, en una evidente actitud de pensar. Y de a uno en uno, se les fueron encendiendo las respectivas lamparitas.

–¡Vámonos a vivir a un fósforo! –saltó uno de los hijos, el mayor de los varones.

–¡NO! –retrucó la abuela–. ¡NO! ¡Y NO! –aunque escuchaba bien, siempre gritaba justificándose con que estaba algo sorda–. Los fósforos se encienden. ¡Una desgracia mortal sería! Y si llegáramos a salvarnos de morir achicharrados, viviríamos todos tiznados. Y como la que lava la ropa aquí soy yo... –añadió mirando de reojo a la madre.

–Entonces, nos vamos a una vela –propuso la madre–. El fuego de las velas dura más tiempo: tendremos luz para rato y no deberemos encerer los pisos o los muebles. Porque la que siempre se ocupa de eso soy yo... –Le devolvió la miradita a la abuela.

–¡No, una vela no! –replicó una de las hijas gemelas–. Tarde o temprano se va a derretir, el olor de la cera es asqueroso y, además, correremos riesgo de chamuscarnos.

–¡Lo tengo! –clamó el quinto de los quintillizos–. Un faro, mandémonos a mudar a la lámpara de un faro –su voz era emocionada y sus movimientos ampulosos–. Es mil veces más amplia que el foco en el cual venimos viviendo.

–¡Jamás! –vociferó la hija menor–. Esas lámparas solo se encienden de noche y, además, se la pasan girando y girando y girando y así... Ya todos aquí saben que me mareo ahí nomás.

–¿Y a una linterna...? –se animó con timidez la otra gemela–. Por ejemplo, la linterna de un niño explorador. Estaríamos de excursión casi siempre y no siempre en el mismo lugar, como hasta ahora.

–O mejor nos mandamos a cambiar al farolito del casco de un minero –sugirió el hijo número dieciocho, o sea, decimoctavo, de la prole–. En las minas siempre está fresquito, no hay mosquitos o luciérnagas. Ya todos aquí sabemos las que nos hicieron pasar esos bichos cuando nuestro foco estaba radiante.

–¡Ya sé! –bramó la más bajita de las trillizas–.
Mudémonos a una guirnalda navideña. Son divertidas... ¿No les parece? Tienen muchos colores y se encienden... se apagan... se enciendenseapagan... se enciendenseapaganseenciendenseapagan... ¿No les parece?

–¡NO! ¡NO! ¡Y NO! –La abuela estaba perdiendo lo único que tenía para perder dentro del foco quemado: la paciencia–. Si nos vamos a una guirnalda como esa, solo tendríamos luz en diciembre... Mejor, nos cambiamos a una lámpara de kerosene.

–Pero abuela, eso ya no existe...

–Que sea al mechero de un laboratorio.

–¡El olor a remedio me descompone! –aclaró la hija que había nacido dos hijas antes que la menor y era bastante complicada con el temita de los olores y los perfumes.

–¡A un velador! Nos mudamos a un velador que esté sobre una mesita de luz y tenga una pantalla bonita...

–Solo nos encenderían de noche.

–Entonces, a un sol de noche.

–A una lámpara de bajo consumo. ¡Seamos ecológicos!



Aunque los Lucero Iluminado solían llevarse bien, los nervios por la quemazón del hogar y la falta de acuerdo entre ellos les jugaron una fiera pasada.

De las ideas lanzadas y rechazadas y los ¡NO! ¡NO! ¡Y NO! que rugía la abuela, pasaron a decirse de todo menos lindos.

La discusión se hizo más encendida, y no es metáfora.

Se tiraron con lo que había dentro del foco: sillas, platos, libros, el piano de cola, las cacerolas, los lápices, la heladera, la casita del reloj cucú, la bañera... Hasta avioncitos de papel se tiraron, papel en el cual escribían sus respectivos insultos (parece que había antiguos aunque callados resentimientos entre ellos y aprovecharon la situación para desquitarse).

—¡Basta! —gritó el pajarito del reloj cucú, que, a diferencia de los demás, había logrado mantenerse en sus cabales—. ¡Cordura! —pedía con las alas en ademán de oración; tenía un ojo en compota y las plumas llenas de chichones por los misiles que se habían arrojado los Lucero Iluminado—. ¡Haya paz, por favor!

Todos bajaron seis cambios.

Miraron en silencio al coherente avechucho que daba la hora y, también, ponía luz donde no la había.

–Encerrados en este foco no vamos a solucionar nada –sentenció el pajarito del reloj cucú.

Todos cruzaron miradas, sus ojos a punto de llorar por la vergüenza.

Y empezaron decirse que «perdoname» y que «tengo la cabeza quemada, no pensé bien el insulto...» y otras disculpas por el estilo. También se decían cosas como «¡No saben cuánto los quiero!» y «¡No hay nada más lindo que la familia unida!».

Después de que se les agotaron las frases y quedaron reconciliados, todos escucharon lo que el avechucho tenía para sugerir:

–Salgamos a la calle y busquemos el foco que nos conforme a todos.

«El cucú es muy inteligente», pensaron los Lucero Iluminado a la vez.

Hicieron sus valijas y bolsos. Embalaron los muebles y objetos personales. Y el padre, la madre, los veintiséis hijos, la abuela y el pajarito del reloj cucú salieron a buscar un nuevo hogar.

No se les hizo fácil.

Vieron los faroles de un coche y a todos, en principio, les gustó como alternativa. ¡Pero el conductor era una bestia al volante! Y los Lucero Iluminado vivían con el

corazón en la boca, ya que el tipo le metía al acelerador con ganas. El día en que chocó contra una ambulancia y se hizo trizas el farol, decidieron que esa no era una casa segura.

Les encantó el foquito en la punta de la torre de control del aeropuerto. Tenía vista panorámica y a esa altura siempre corría vientito. Sin embargo, el ruido de los aviones despegando y aterrizando a toda hora no los dejaba pegar un ojo, sin contar que la hija menor vivía mareada por el vértigo. Debieron irse.

Así, los Lucero Iluminado fueron y vinieron de un cartel de neón a una lámpara fluorescente y de ahí al farol de una plaza, al ojo de gato de una bicicleta; hasta intentaron vivir en la pantalla de un televisor.

Si no era por esto, era por aquello o si no era por aquello, era por esto... Así las cosas, resultó que en ningún lado se sintieron como en casa.

Y llegó el momento en que el padre anunció a la familia:

–Creo que debemos separarnos. ¡Que cada uno se busque el foco que mejor le venga y sanseacabó!

Sonó terminante el padre.

Y sabían que tenía razón, pero no querían separarse.

Ya se estaban dando besos y abrazos de despedida, cuando el siempre acertado pajarito del reloj cucú señaló con el pico:

–¡Miren hacia esa esquina!

Descubrieron el semáforo.

No les pareció ni muy bajo, ni muy alto y se les antojó como un departamento de tres pisos. Daba luz a toda hora y quedaba en medio de la ciudad, cerca de cualquier parte o de la parada de los colectivos.

–¡Vamos! –gritaron a coro.

–¡El último en llegar se come los mocos! –propuso la abuela y todos arremetieron en acalorada carrerita.

El padre y la madre se alojaron en el farol rojo.

Cuando se encendía, con voz color roja gritaban a los transeúntes:

–¡Peligro, no crucen!

Y a los conductores, también con enrojecidos gritos, criticaban:

–¡Frenen, che, no sean animales!

Los hijos e hijas se acomodaron en el faro amarillo. Y la verdad, la pasaban joya gritando a todo el mundo en titilante amarillo:

–¡Precaución... precaución... precaución!

La abuela y el pajarito del reloj cucú hicieron nido en el faro verde. La anciana pasaba el día y la noche tejiendo; a la vez que se desgañitaba gritando en luminoso color verde:

–¡Avancen, parecen tortugas! ¡No se demoren, la calle no es de nadie!

Los Lucero Iluminado otra vez viven felices.

No solo tienen luz y un nuevo hogar. Además, prestan un valiosísimo servicio público a conductores y transeúntes. Y todo sin cobrar un peso pero sin pagar tampoco alquiler.

Grupo Editorial Planeta